

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITAN ROSSI.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL



D. Niceto de Zamacois.

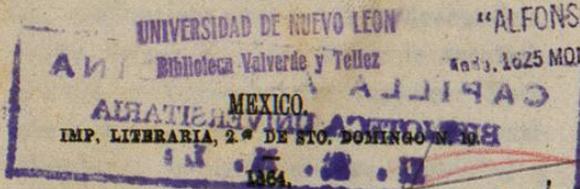
TOMO III.
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Segunda edicion.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO



101857

2845

PQ7297

.23

C3

V.3

1864

CAPITAN ROSSI



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALEJANDINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. E. R. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO I.

Quién era ella.

Después de un rato de irresolución, Enrique, guiado por un impulso generoso, y no por una pueril curiosidad, se decidió á entrar, penetró de nuevo en el espacioso patio lleno de mujeres que esperaban el turno para entregar á sus hermanos, esposos y padres la comida que llevaban, y buscó entre ellas á la que habia preocupado su imaginación: poco tardó en descubrirla; estaba de pié al principio de la escalera, apartada de todas las otras mujeres. Enrique se dirigió á ella con la mas alta consideración, y le preguntó con afabilidad y marcado interés.

002845

—¿Me conoce vd?

—No sé mentir; si señor, se llama usted Enrique.

Esta contestacion picó mas la curiosidad del noble jóven, que descubria bajo los harapos de aquella mujer, una fisonomía fina, una voz dulce y unas maneras no vulgares.

—¿Dónde tuve el gusto de ver á vd. la vez primera?

—En la plazuela de Buenavista, una mañana en que dos mozos condujeron á un herido que habian encontrado en el Paseo de Bucareli.

—¿Y aquellos mozos?....

—Eran mis criados que habian salido á buscar á mi hermano Carlos.

—¿Pilar!...—exclamó enternecido y fuera de sí Enrique.—¿Ah!.... ¿en qué estado vengo á encontrar á vd!....

—En el estado mas triste en que puede hallarse una mujer.... ¿en un estado peor que la muerte!.... Si vd. supiera, D. Enrique, todo lo que he sufrido desde que me arrancaren del lado de mi querido padre...!

Y las lágrimas se agolparon á los ojos de la infeliz que las enjugó con su rebozo.

—¿Mi padre!....—prosiguió.—El desventurado habrá muerto de tristeza por mi separacion, y yo he sido tan cruel que no he muerto de vergüenza y de pesar al verme des....

Y no se atrevió á concluir la frase. Enrique adivinó lo que callaba, y no queriendo amargar mas la suerte de aquella desgraciada jóven que desde el estado de opulencia habia descendido al de la mas profunda miseria, contestó:

—¿Luego ignora vd. que vive su padre?

—¿Vive!.... exclamó llena de júbilo Pilar.—¿Le ha escrito á Vd?.... ¿se acuerda de mí?.... Responda vd., responda vd. por Dios....

Y la fisonomía de Pilar brillaba con esa alegría intensa que imprime en todo buen hijo el noble sentimiento del amor filial.

—Sí; vive, y vd. es su único pensamiento.

—¿Gracias, Dios mio!....—dijo levantando los ojos al cielo con una verdad sublime;—ya no soy tan infeliz como creia....

6
¡mi padre, mi querido padre vive y no me ha olvidado!.... ¡El cielo permita que no me maldiga algún día!....

Y Pilar se cubrió el rostro con ambas manos como herida por una idea horrorosa.

¡Maldiceir á vd. su padre!.... ¿Y por qu

—Porque hay sucesos en la vida, D. Enrique, que echan una mancha imborrable en el caro nombre de una familia honrada... sucesos que asoman la sangre á las mejillas, que hielan el corazon, alejan la amistad, atraen el desprecio, y matan la esperanza....

—Pero jamas la maldicion de un padre como D. Andrés que no tiene mas pensamiento que su hija, que no habla mas que de su hija, ni alienta mas que por su hija...

—¿C mo lo sabe vd!....

—Porque me lo ha dicho.

—¡El!.... ¿Luego vd. ha hablado con él?.... ¡Ah!.... ¿dónde está.... ¿dónde?

Enrique conoció que dar una contestacion franca, seria exponer tanto á Pilar como á D. Andres, á una sorpresa demasiado

7
violenta que pudiera producir un desagradable resultado: en el estado de pobreza en que á ella encontraba, así como en la situacion delicada en que veia á D. Andrés, creyó conveniente preparar el corazon de uno y otro para que, trascurridos algunos dias, el placer de verse, no fuese á mezclarse con el dolor que indispensablemente causaria la triste posicion en que ambos se encontraban. Abrazado este pensamiento que fué instantáneo, contestó:

—Hablé con él en Tampico.

—¿Cuándo?

—En el asalto que dimos á la Barra.

—¿Estaba mi padre allí?

—Era uno de los que defendian el punto.

—¡Mi padre!.... ¡Dios mio!....

—Y gracias á él, conservo la vida que iba á terminar á manos de un soldado que me dirijia un bayonetazo.

—Pero ¿no han vuelto á reembarcarse los que vinieron en la expedicion?

—Excepto D. Andrés que consiguió, por empeños de varios amigos, permiso del ge-

neral Santa-Anna para permanecer en la República.

—Dios les premie á esos amigos ese rasgo de humanidad!... Pero ¿dónde está mi padre? ¿dónde está?... ¿por qué me oculta vd. el sitio en que se encuentra?... Ah!... ¡es tal vez porque se halla en la miseria como yo!...

—Su padre de vd. no carece de nada; un amigo íntimo, un jóven que le ama como un buen hijo á un padre bondadoso, se ha encargado de proporcionarle todo lo necesario para que viva sin las penalidades que trae consigo la pobreza.

—¿Quién es ese jóven, ese ángel enviado por la Providencia en auxilio del hombre mas virtuoso y desgraciado de la tierra?... ¿Le conozco yo por ventura?...

—Mucho.

—¿De veras?... ¿Cuál es su nombre!...

—Don Antonio Miron.

—¿Don Antonio!...

Exclamó Pilar con un acento imposible de expresar. Era la vez primera que desde su raptó, oia en boca de otro, aquel nom-

bre que entrañaba para ella un poema de sentimientos tiernos, de recuerdos y de amor. En el rostro y los ojos de Pilar brilló de pronto la alegría mas íntima; aquel nombre era el resorte delicado de su alma que la trasportó de repente á otra época y á otras escenas de aspecto risueño y encantador: pero aquel éxtasis fué rápido como el relámpago; y como la luz de éste brilla por un momento, para dejar en mas completa oscuridad al viajero, así la expresion de alegría que comunicó el alma á los ojos de la jóven al escuchar el mágico nombre de D. Antonio, desapareció de repente para nublarse con un pensamiento horroroso que dominaba toda su existencia: á la expresion del placer, sucedió instantáneamente la del pesar, y á la brillante mirada que se retrató en sus ojos, las lágrimas que rebosaban del corazón.

—¿Qué tiene vd., Pilar?—dijo Enrique notando aquel cambio repentino que le alarmó sobremanera.—¿Está vd. mala?

—Don Enrique—contestó Pilar enjugán-

dose las lágrimas—¿quién no se siente morir cuando ve perdida para siempre la felicidad que tocaba con la mano?.... ¿Quién no muere de dolor, cuando tiene que renunciar al objeto que hizo latir su corazón de amor, y se ve obligado á ocultarse de sus ojos para no alcanzar su desprecio, su odioso tal vez?....

Y la jóven se enjugaba con frecuencia el raudal de lágrimas que se desprendían de sus nublados ojos.

—¿El desprecio de D. Antonio?.... ¿y por qué?... ¿No ama á vd. con la pasión del hombre que no tiene otro bien sobre la tierra que la mujer que adora?.... ¿No puede realizarse la apetecida unión de dos almas que se han identificado en sentimientos y en esperanzas, que han padecido un mismo dolor, unos mismos contratiempos?...

—¿Unos mismos contratiempos!....—exclamó Pilar exhalando un profundo suspiro.—Es preciso que sea franca con vd., D. Enrique, para que disculpe vd. el verme en la triste posición en que me ha encontrado. Cuando al entrar ví á vd., le conocí

al instante, y me tapé con el rebozo para no ser conocida; pero vd. se interesó por mí, y no pude negar mi nombre; ahora quiero disculparme por haber descendido á la última clase, para que no me acuse vd. sin haberme antes compadecido.

—¿Acusar á vd.?.... ¿Y de qué?.... yo solo veo que es vd. desgraciada, que es vd. la hija de D. Andrés, la jóven que cuidó la vida de Miguel, del mejor de mis amigos.

—¿Quiera Dios que á los ojos de mi querido padre, halle mi desventura la indulgencia que á los de vd., ya que el destino me separa para siempre del hombre á quien debí unirme en otro tiempo!....

—¿Y por qué renunciar á la esperanza? ¿No es D. Antonio el jóven mas generoso y noble del mundo?

—¿Ah!.... ¡sin duda!.... Pero es imposible!.... ¡imposible de todo punto!.... Yo no puedo aspirar ya á otra cosa que á su indulgencia, pero nunca á su amor! Saber que está bueno.... que no me aborrece.... que no maldice la memoria de su

pobre Pilar, á quien tanto amaba... hé aquí toda mi ambicion para lo sucesivo...

En aquel momento se oyó la ronca voz de un hombre que estaba junto al ventanillo, por la parte interior de la prision, y cuya ocupacion era llamar á los presos por su turno para que recibieran la comida que les traian.

—¡Pedro Morera!...

Gritó con toda la fuerza de sus robustos pulmones.

—Adios, D. Enrique.

Dijo Pilar al escuchar aquel nombre.

—¿A dónde va vd?

—Han llamado al hombre á quien traigo la comida, y no me puedo detener: tenia empeño en vindicarme á los ojos de vd. del mal concepto que habrá formado al verme en este sitio y de esta forma; pero es imposible. Sin embargo, antes de separarnos, hágame vd. el favor de decirme si D. Antonio está en México.

—No; se encuentra en Altamira, asistiendo á los enfermos y heridos, por órden del gobierno.

—Si algun dia se encuentra vd. con él, no le diga vd. que me ha visto, y mucho menos en esta posicion.

—Ya convendrémos otro dia en lo que deberémos hacer.

—Tengo motivos para querer vivir sin que nadie sepa dónde me hallo.

—Mañana veré á vd. para conocerlos, no por una estéril curiosidad, sino con el fin de dulcificarlos.

—¡Gracias, generoso amigo, gracias!

—¿Dónde vive vd?

—En la plazuela de S. Sebastian, letra A.

—¡En una humilde y miserable accesoría...!

Dijo enternecido Enrique.

—¡Sí, señor; en una miserable accesoría!..

—¿Viene vd. con mil diablos?

Gritó impaciente el del ventanillo, dirigiéndose á Pilar.

—Voy

Dijo ésta empezando á andar.

—Adios—le dijo Enrique—mañana pasaré á ver á vd. á su casa.

Y al tenderle la mano para despedirse, colocó en la de ella, dos onzas de oro.

La delicada joven quiso rehusar aquel beneficio á pesar de la suma miseria en que gemia; pero cuando trató de hacerlo, le detuvo la aparicion de un rostro cetrino que se presentó detras del ventanillo de la cárcel.

Enrique vió el fiero aspecto del preso, y se alejó dirijiendo una mirada de compasion á Pilar.

—¿Quién será ese hombre?....

Dijo el hermano de Luisa para sí, y salió á la calle: aproximóse á un hombre á quien habia entregado su caballo al entrar en la Acordada, montó en el brioso corcel, y desapareció preocupado con las reflexiones que le sugirió aquel inesperado encuentro.

—¿Aun hay quien se compadezca de mí...

Pensó Pilar; y la pobre joven se puso á llorar como una criatura. ¡Ah!.... cuando en la desgracia nos encontramos con una persona que se interesa por nosotros; cuando abandonados de todo el mundo gemimos en la miseria, y de repente se presenta una persona benévola que se compadece de

nuestras desgracias. ¡Ah!.... entonces el corazon oprimido con los desprecios, se ensancha, cobra mas expansion, se siente conmovido hasta lo mas íntimo, y esta dulce emocion, cuyos deleites son inexplicables, se asoma á los ojos deshecho en dulce llanto, llanto consolador que dulcifica los recuerdos de las pasadas amarguras.

¿Y qué dirémos del dulce placer que experimenta el alma del que ha favorecido desinteresadamente al hermano que vió gemir en la desgracia?.... Si los poderosos que buscan la dicha en los placeres, en los banquetes y en el lujo, conocieran la inefable dicha que derrama en el corazon la práctica de la caridad, con cuánta mas frecuencia se acercarian á las humildes habitaciones de esas desgraciadas familias, cuyas lágrimas enjugarian con lo que invierten en fútiles objetos!....

¿Cuán felices son los ricos que emplean una insignificante parte de sus bienes, en aliviar la miseria de los pobres!.... ¿Qué placer se puede comparar al suyo?... Ninguno, porque los que se buscan en los ob-

jetos del mundo, son materiales, perecederos, mezclados con la amargura que ocultan en el fondo todas las cosas de la tierra, mientras los que proporciona la caridad, son espirituales, puros como el sér de donde emanan, que es Dios.

Pilar guardó con disimulo el dinero, y se acereó á entregar al preso la canasta que provista de comida llevaba.

El carcelero la miró con maliciosa intencion, y murmuró para sí.

—Mientras ellos penan, ellas buscan consoladores.... ¡Mujeres.... mujeres!....

Y se quedó refunfuñando, hasta que le llegó el turno á otro preso, y tuvo que pronunciar en alta voz su nombre.

CAPITULO II.

Enrique y Miguel.

Enrique, preocupado con el feliz encuentro de Pilar, se dirijia hácia el palacio á desempeñar la comision que llevaba para el gobierno, cuando al llegar al Puente de S. Francisco, oyó que le llamaban por su nombre: volvió los ojos hácia el sitio de donde vino la voz, y vió á Miguel, vestido de luto, que salia de una casa baja, cuyo patio estaba lleno de naranjos y de flores, dirijiéndose á él con los brazos abiertos. En el instante detuvo su caballo, bajó de él con prontitud admirable, y poco despues los dos amigos se abrazaron con ese placer